"que la *Religión nueva* (así se llama pomposamente el espiritismo) transformará el viejo mundo católico, ya cuarteado por los golpes del protestantismo, de la filosofía y de la ciencia." (18)

Gibier, que por cierto, aunque se declara naturalista, no es enemigo de la religión nueva, sino muy al contrario, pues parece espiritista disfrazado, manifiesta sin ambajes: "Es preciso decir que ciertas comunicaciones son ateas, otras hasta materialistas; que entre los Mormones los espíritus predican la poligamía, y que hemos leído conferencias reveladoras de que las prácticas aborticidas, tan generalizadas en los Estados Unidos, encuentran en el otro mundo complacientes defensores." (19)

¿Cómo conciliar todo esto? Los libros de Allan Kardec dan pronta respuesta; ¡vaya una dificultad! "Todo se explica por el hecho de que los espíritus que se revelan, son amenudo espíritus inferiores, lo que nos da la razón de que ciertas comunicaciones, SEAN VULGARES, TRIVIALES Y HASTA OBSCENAS!" (20)

Hé aquí al espiritismo declarándose demoniaco por boca de su gran apóstol Allan Kardec, pues los *espíritus inferiores que dicen obscenidades* no pueden ser los ángeles ni las almas de los justos.

En 1848 surgió, pues, un nuevo fruto del paganismo, la misma magia antigua que Tertuliano describe; la serpiente bíblica quería ser adorada de nuevo por la humanidad, y la Iglesia necesitaba acogerse al auxilio de la Virgen Inmaculada, nacida para quebrantar la cerviz de la bestia. (21)

IX

LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRIA.---LAS SOCIEDADES SECRETAS

IX

LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRIA

LAS SOCIEDADES SECRETAS

Magna debetur pueris reverentia—decía Quintiliano, respetad la niñez—enseña el cristianismo—porque el Salvador la santificó desde que su divina mano acarició unos pequeñuelos.

Una de las cosas más repugnantes de este siglo y que más lo acerca á los tiempos paganos, es la falta de respeto hacia la inocencia de la infancia. Es triste el abandono de los niños en las calles de las grandes ciudades, tristísima la situación de los hijos de nuestros jornaleros, harapientos, famélicos, enfermizos; más triste aún la de los párvulos en las prisiones y escuelas correccionales, en donde no oyen mentar siquiera el santo nombre de Dios; pero es peor que todo, es ya el síntoma del último grado de corrupción moral, que haya especuladores que exploten la inocencia, y ley que permita especulación semejante.

El párvulo tiene ante su vista en todas las grandes ciudades del mundo civilizado, inclusa la capital de nuestra República, espectáculos é imágenes corruptores; pero lo peor es que se hace circular entre los ni-

ños, novelas inmundas que siembran en su mente y en su corazón todo género de gérmenes venenosos.

¡Cuántas veces he oído á un rapazuelo limpia-botas de diez años, dar cuenta á un camarada de todas las hazañas de Rocambole, y he maldecido las escuelas, si ha de servir para eso la lectura!

Con gusto me dirigiría al editor de esos libros de diez centavos que están al alcance de los niños del pueblo, sujeto rico, quizá ilustrado, tal vez influente en la administración pública, tal vez considerado en la sociedad como hombre de bien, y le diría: no dudo que seais un buen padre de familia; no dudo que seais en lo general buen ciudadano, ¿por qué no teméis corromper la juventud y la niñez sobre todo? ¿Qué diríais si me vierais poner en manos de vuestros hijos y de vuestras hijas, aún no adolescentes, las novelas de Rocambole? ¿Pues por qué las hacéis circular entre los niños pobres? No sois capaz, sin duda, de ejercer la usura opresora del desvalido, ¿pues por qué si no explotáis la miseria, buscáis el lucro á costa de algo más respetable, de la pureza y del candor del inocente?

Y es que el espíritu pagano desprecia al niño. Jesucristo llamaba á los rapazuelos á su regazo; el paganismo, fingiendo atender las necesidades materiales de los párvulos, descuida enteramente su alma. No pintaremos la prostitución de la infancia en Grecia y en Roma; bien conocida es y no emprenderemos la ingrata tarea de describirla; pero sépase que en el siglo XIX, también se ha presentado el síntoma pagano de una ley, de una prensa y de una sociedad que no saben vigilar ni aún respetar siquiera la inocencia.

Leed el hermoso libro de Haussonville, *La Infancia en París,* y os asombrará tanto abandono, tanta miseria física, tanta corrupción moral de la niñez de las capitales de Francia é Inglaterra.

En 1875 la población de los establecimientos penitenciarios de Francia, destinados al castigo de los niños, contenían 9,906 delincuentes, y de ellos, 4,543 eran huérfanos de padres, es decir, habían perdido sus protectores natos; 1518 eran hijos naturales, es decir, frutos de la licencia, y 1,615 nacieron de padres castigados por delitos, lo que significa que la prole había recibido lecciones de inmoralidad. Y, cosa que á primera vista parece asombrosa, en todas esas categorías el número de las niñas es mucho más elevado que el de los niños, lo que se quiere explicar por la acción más eficaz sobre las jóvenes, de las malas influencias. (1)

¿Por qué la sociedad no ampara al huérfano? ¿por qué al menos no procura evitarle causas de perdición, procurando no caigan en manos de los niños los libros dañosos, y cuidando de ocultarles espectáculos é imágenes nocivos? ¿ por qué no los mejora y fortifica, enseñándoles en las escuelas, no una moral estéril, sino la religión divina y sus prácticas salvadoras?

"Si no tenéis contra el mal—decía un escritor compatriota nuestro—más que un argumento que oponer, estáis perdidos."(2) Si esto puede decirse de los hombres, ¿cómo no se dirá del niño? La máxima, la lección, el razonamiento, no le aprovechan si no encarnan en él, si no informan su espíritu y su corazón, y esto no se consigue sino por la oración y los sacramentos.

La escuela debe ser laica—dicen los liberales—y que se enseñe al niño la religión en la familia. ¿Y los huérfanos? ¿La mitad del contingente de las prisiones la proporcionarían ellos si la escuela los acogiese, los doctrinase y los convirtiese en cristianos?

¡Y lo que más espanta es la corrupción de la niña, MAS FACIL QUE LA DEL NIÑO, de la mujer futura, de la madre!

Si hay mil causas naturales de perdición, que la ley, impotente por poco caritativa ó por imposibilidad absoluta, no puede remediar, ¿por qué el Estado no cuida de evitar siquiera que la sociedad directa fría y hasta calculadamente corrompa la niñez en México?

¡Qué hermoso sería un círculo católico destinado exclusivamente á la protección del niño!

La excelente revista de Jesuítas españoles, *Razón y Fe,* (3) en el último número, que tengo delante, el que corresponde á Julio de 1904, analiza un libro de Mr. Joly acerca de la niñez delincuente en Francia, y del respectivo artículo tomo la siguiente pavorosa estadística:

¡Fúnebre tapiz desarrolla ante nuestros ojos el cap. V, presentándonos, unas tras otras, escenas vivas de jóvenes suicidas! Y ¿por qué solución tan desespe-